GENERAL CARLOS A. SALAS

EL OSTRACISMO DEL GENERAL SAN MARTIN. SU MUERTE Y GLORIFICACION

INSTITUTO NACIONAL SANMARTINIANO
BUENOS AIRES, 1972

GENERAL CARLOS A. SALAS

EL OSTRACISMO DEL GENERAL SAN MARTIN SU MUERTE Y GLORIFICACION



Capitán General D. José de San Martín
(Litografía de Madou, Bruselas, 1828).

GENERAL CARLOS A. SALAS

EL OSTRACISMO DEL GENERAL SAN MARTIN.

SU MUERTE Y GLORIFICACION

INSTITUTO NACIONAL SANMARTINIANO
BUENOS AIRES, 1972

ADVERTENCIA

El presente trabajo tiene por objeto llevar al conocimiento de los lectores la vida del Libertador durante los veintiséis años de voluntario exilio, vale decir, desde el 10 de febrero de 1824, día que parte con su pequeña hija para Europa, hasta el 17 de agosto de 1850, que falleció en la ciudad francesa de Boulogne Sur Mer y su posterior traslado a Buenos Aires. Las fechas que se consignan en sus cambios de residencias y en los viajes, tanto en Inglaterra como en países del continente europeo, son las que surgen, en especial, de las visaciones de su pasaporte y de su correspondencia con amigos de Argentina, Chile, Perú y Uruguay; en otros casos no se pudo precisar con rigurosa exactitud el mes y día que él se encontró en algunos lugares pero sí, está claramente determinado el año en que viajó o se estableció con permanencia duradera o transitoria en ciudades como Londres, Bruselas, París, Grand Bourg, Montevideo y Boulogne Sur Mer.

Como su derrotero de veintiséis años lejos de la patria es poco conocido en detalle por nuestros compatriotas, nos pareció de utilidad ponerlo a disposición de los lectores por medio de estas líneas.

El otro capítulo de este libro se refiere en detalle al fallecimiento del general San Martín en la ciudad de Boulogne Sur Mer, donde vivió los últimos dieciséis meses junto a su hija, hijo político y sus dos nietas en la Grand Rue 105. Se trata en esta parte sus últimos momentos, su muerte, el embalsamamiento de su cadáver, los ataúdes que lo encerraron, sus funerales y los años que quedó en la cripta de la Catedral de Boulogne Sur Mer, hasta que se lo trasladó a la entonces villa de Brunoy, a la bóveda de su yerno Mariano Balcarce, donde permanecen aún, en Brunoy, su nieta Josefa con su esposo el Sr. Fernando de Estrada y Gómez de la Cortina.

También se consideran todas las iniciativas argentinas para traer sus restos al seno de la patria, tal como fueron los deseos del Libertador expresados en la cláusula cuarta de su testamento ológrafo.

El presidente argentino Dr. Nicolás Avellaneda invitó a sus compatriotas el 5-IV-1877 a reunir los recursos necesarios para el traslado a Buenos Aires de los restos del Libertador, y para la construcción del mausoleo donde sus restos descansarán definitivamente.

Se consigna más adelante la exhumación de sus restos del cementerio de Brunoy en abril de 1880, su traslado al puerto del Havre para embarcarlos en el transporte Villarino, las ceremonias previas al embarque, los discursos, el acta de entrega al comandante del buque y los honores dispensados por el gobierno francés, así como también los que le rindió el gobierno del Uruguay cuando el buque que los condujo se detuvo en la rada de Montevideo.

Por último se menciona la llegada de los restos a Buenos Aires el 28 de mayo de 1880, los honores que aquí se le tributaron, los discursos de recepción y homenaje de Domingo Faustino Sarmiento, del ministro plenipotenciario del Perú y del presidente Avellaneda, y las honras religiosas y su depósito transitorio en una dependencia de la Catedral, hasta que se terminaran de construir y decorar el mausoleo, levantado, en lo que fue capilla de Nuestra Señora de La Paz, donde hoy descansa definitivamente.

Buenos Aires, enero de 1972

El autor

EL OSTRACISMO DEL GENERAL SAN MARTIN

El 10 de febrero de 1824 se embarcó en Buenos Aires el general San Martín con su hija Mercedes, de siete años y medio, en el barco "Le Bayonnais", con rumbo a Europa, al no serle propicias las circunstancias políticas por que atravesaba la Argentina, y especialmente la ciudad de Buenos Aires, donde las pasiones políticas de algunos compatriotas se mostraron hostiles para con el Libertador. Su queja, por estas circunstancias tan ingratas para su espíritu, la expresó más tarde, el 6 de abril de 1829, al general Tomás Guido, diciéndole:

"¿Cree V. que tan fácilmente se hayan borrado de mi memoria los honrosos títulos de ladrón y ambicioso con que tan gratuitamente me han favorecido los pueblos (que en unión de mis compañeros de armas) hemos libertado? Yo he estado, estoy y estaré en la firme convicción de que toda la gratitud que se debe de esperar de los pueblos en revolución es solamente el que no sean ingratos; pero confesemos que es necesario tener toda la filosofía de un Séneca, o la impudencia de un malvado, para ser indiferente a la calumnia: esto último es de la menor importancia para mí, pues si no soy árbitro para olvidar las injurias porque penden de mi memoria, a lo menos he aprendido a perdonarlas, porque este acto depende de mi corazón" [1].

Con el mayor dolor en su corazón por la muerte de su esposa y por la ingratitud de los pueblos que él libertó, se fue de su Argentina amada; comprendió que en ese momento ya no se lo necesitaba y se dispuso a prestar a la Argentina y a la América su último servicio: "marcharse". Se despidió de América en silencio, su partida no estuvo acompañada de palabras resonantes, fuesen de amargura o de auto-

(1) Archivo del general Tomás Guido, correspondencia con San Martín, legajo 1.

elogio; se fue taciturno, estoico, orgulloso y desinteresado, como un gran soldado y gran personalidad.

El 23 de abril de 1824 "Le Bayonnais" arribó al puerto El Havre después de 72 días de navegación. La llegada del Libertador fue comunicada inmediatamente al gobierno francés por las autoridades portuarias y aquél informó prestamente al gobierno español.

En El Havre se le secuestran sus papeles, se le registra su equipaje y, previa autorización del Gobierno, se le permite embarcarse para Inglaterra y se le prohibe desembarcar en cualquier puerto francés. San Martín inicia en Francia un nuevo vía crucis, por lo cual decide embarcarse el 4 de mayo de 1824 en el "Lady Wellington" con destino a Southampton; a bordo se le entregan los papeles personales secuestrados; llega a destino el 6, y sigue para Londres el 9 del mismo mes. Su estada en Londres fue algo difícil en el orden financiero, empero se quedó en la capital inglesa y otros lugares de Inglaterra algunos meses. En Londres se alojó en el número 23 de Park Road N. W. 1, casa que hoy se conserva bastante bien y que hasta julio de 1969 estuvo tres años con letrero de venta. La casa se vendió hace ya un año por 20.000 libras esterlinas, según mi información recogida en la capital inglesa, con lo cual el gobierno argentino perdió la preciosa oportunidad de adquirirla en su significado de casa histórica; quizá esta circunstancia haya ocurrido por falta de información adecuada. Por fortuna para los argentinos, las autoridades londinenses colocan en los frentes de las casas que fueron habitadas por personas notables de cualquier parte del mundo un medallón con la información de quién las habitó, el que debe ser conservado siempre, sea cual fuere el destino que se le dé al edificio en el futuro.

El año 1825 encuentra a San Martín instalado en Bruselas, donde pone en un colegio a su hija. Desde aquí, el 8 de febrero, le informa por carta a su amigo O'Higgins que se radicaba en esta ciudad belga, y que no abandona la esperanza de volver a América como lo había proyectado, quizá para 1828, para pasar a Mendoza, donde conserva su "ínsula cuyana".

Al informarse de la guerra contra el Brasil, ofrece desde Bruselas sus servicios al gobierno de Buenos Aires. El 6 de noviembre de 1827 comunica al general Miller, que se encuentra en Londres, su propósito de ir a Buenos Aires para participar en dicha guerra, y le dice que no se ofreció antes en razón de los hombres que entonces gobernaban el país.

San Martín parece haberse alojado la mayor parte del tiempo que permaneció en Bruselas en una casa de las afueras de la ciudad; a principios de 1828 ocupó otra casa que existía en lo que hoy es la Rue de la Fiancée, que fue demolida en 1864. En la actualidad, se levanta



Casa que habitó San Martín en Londres, 23 Park Road N.W. 1.



Placa colocada en la fachada de la casa que habitó San Martín en Londres.

un gran edificio en dicho lugar, y en uno de sus muros, sobre la calle nombrada, está colocada una gran placa de bronce con una efigie del general San Martín, con una leyenda en francés y flamenco que expresa que libertó a la Argentina, Chile y Perú y que vivió en Bruselas desde 1824 hasta 1831. Durante el tiempo que el Libertador permaneció en Bélgica, realizó varios viajes por algunos países de Europa, Inglaterra especialmente, pero de corta duración.

En noviembre de 1828 viaja a Inglaterra y el 21 de dicho mes se embarca en Falmouth, para Buenos Aires, a bordo del buque "Contess of Chichester" que llega a destino el 6 de febrero de 1829. Debido a la revolución del general Lavalle, de diciembre de 1828, San Martín no desembarca para no mezclarse en los problemas de política interna y revolución que siempre eludió, y pide al ministro Díaz Vélez sus pasaportes para regresar a Europa, donde ha dejado a su hija. En su regreso, permanece en Montevideo desde el 13 de febrero hasta el 14 de mayo de 1829, según una carta fechada en Montevideo ese día (Torre Revello). Estando en Montevideo recibe a dos enviados del general Lavalle, el coronel Eduardo Trolé y el señor Juan Andrés Gelly, que le ofrecen, en nombre del general Lavalle, el gobierno de Buenos Aires y el mando del Ejército. No acepta, y contesta a Lavalle el 14 de abril, desde Montevideo, del siguiente modo:

"Señor don Juan Lavalle

"Estimado general:

"Los señores Trolé y don Juan Andrés Gelly me han entregado la de usted del 4 del corriente, ellos le dirán cuál ha sido el resultado de nuestras conferencias; por mi parte, siento decir a usted que los medios que me han propuesto no me parece tendrían las consecuencias que usted se propone para terminar los males que afligen a nuestra patria desgraciada.

"Sin otro derecho que el de haber sido su compañero de armas, permítame usted, general, le haga una sola reflexión, a saber: que aunque los hombres en general juzgan de lo pasado, según su verdadera justicia, y de lo presente, según sus intereses, en la situación en que usted se halla, una sola víctima que pueda economizar a su país, le servirá de un consuelo inalterable, sea cual fuere el resultado de la contienda en que se halla usted empeñado, porque esta satisfacción no depende de los demás, sino de uno mismo.

"Admita usted los sentimientos de estimación con que en todo tiempo lo ha distinguido su afectísimo servidor Q. B. S. M.

José de San Martín." (2)

(2) Comisión Nacional del Centenario D. A. S. M., tomo X, páginas 71/72.

A su regreso a Europa, el pasaporte de San Martín es visado en Londres, el 30 de junio de 1829, para trasladarse a Bruselas, y el 17 de setiembre de este mismo año, en París, lo que significa que el Libertador pasa unos días en Londres y París a su vuelta de América, antes de instalarse nuevamente en Bruselas, donde vive probablemente hasta 1830, en que se traslada a París y coloca en un colegio a su hija, luego de lo cual regresa a Bruselas. Debido a la revolución que estalla entonces en los Países Bajos, abandona Bruselas definitivamente; ya el 30 de julio de 1831 escribe a Buenos Aires y a Lima desde París.

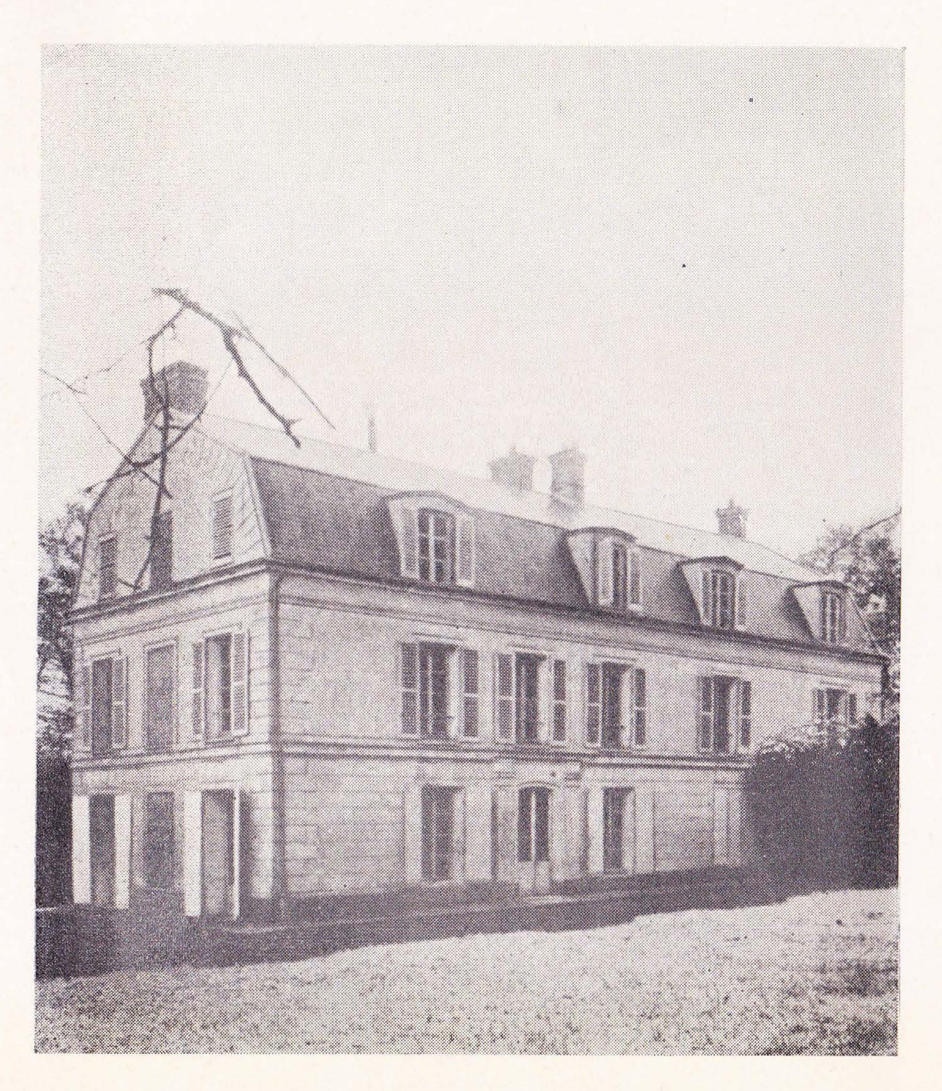
En París se instala en una modesta residencia en la Rue de Provence, muy cercana a la actual Rue de La Fayette. Debido a la epidemia de cólera que invade París, San Martín y su hija Mercedes se trasladan momentáneamente a Montmorency entre enero y febrero de 1832. En mayo de ese año el Libertador y su hija son atacados por el cólera. Los atiende Mariano Balcarce, que ha llegado desde Londres. Una vez repuestos de la enfermedad, regresan a París y allí, el 13 de diciembre de 1832, Balcarce se casa con Merceditas.

Los nuevos esposos se trasladan a Buenos Aires, donde llegan el 20 de marzo de 1833. Aquí nace la primera nieta del Libertador, María Mercedes, el 14 de octubre de 1833.

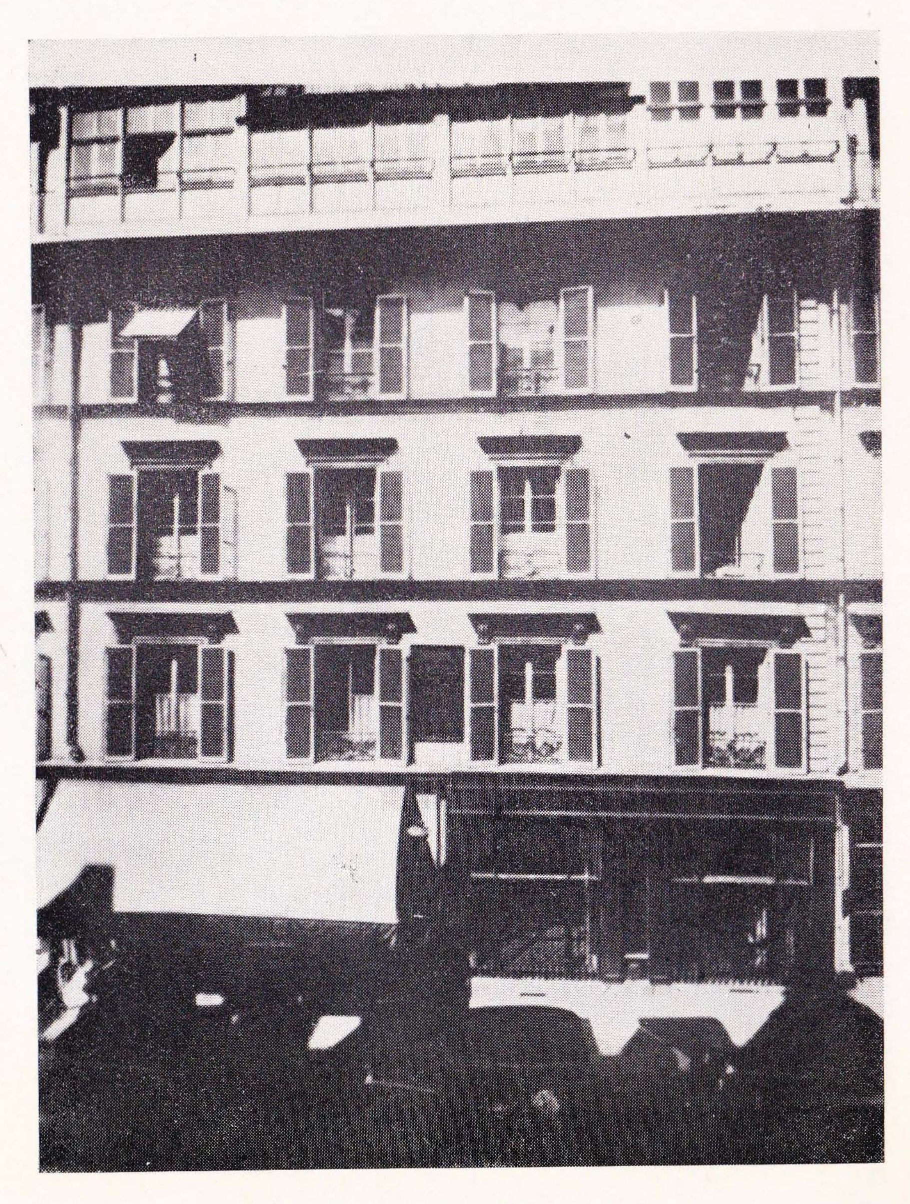
El 25 de abril de 1834 San Martín compra una casa que queda a 25 kilómetros de París, en la comuna de Evry, sobre el río Sena; la llama Grand Bourg. La casa existe todavía y San Martín la vende el 14 de agosto de 1849 a E. Blavier, quien a su vez la vende a M. J. Dumas. El 4 de mayo de 1862 la adquiere la Congregación de Nuestra Señora de Sion, que es la poseedora actual. (En visita que realicé en setiembre de 1969 pude apreciar varias modificaciones realizadas por la Congregación.) En esta casa nace, el 14 de julio de 1836, la segunda nieta del Libertador, Josefa, luego esposa del mexicano Fernando Gutiérrez de Estrada y Gómez de la Cortina. Falleció en la ciudad de Brunoy el 17 de abril de 1924, a los 88 años de edad, desgraciadamente sin haber podido conocer la patria de su abuelo.

Un año después de la compra de Grand Bourg, San Martín adquiere una casa en la ciudad de París, en la Rue Saint George Nº 35, muy cerca de la Rue de Provence, donde vivió al llegar de Bruselas. Esta casa también existe en la actualidad y está bien conservada. San Martín alternaba su permanencia en Francia entre sus dos casas: Grand Bourg y la de París.

En 1836 se reúnen con San Martín, nuevamente Balcarce y Mercedes, en Grand Bourg, donde el Libertador dice haber encontrado un mejor clima para su quebrantada salud; empero, en diciembre de 1837, los fríos del crudo invierno lo hacen trasladar a París, pero luego sigue



Casa de San Martín en Grand-Bourg.



Casa de San Martín en París, 35 Rue Saint-Georges.

alternando con su propiedad de campo, Grand Bourg, que quedaba a una hora de ferrocarril desde París.

El 16 de marzo de 1848 se traslada con su hija, su yerno y nietas desde París a Boulogne-sur-Mer, debido a la revolución que pone fin a la monarquía de Luis Felipe, y para apartarse de los graves disturbios que se producen en la capital francesa.

No se sabe si a su llegada a Boulogne se estableció en la casa del señor Gerard, de la Grand Rue 105, pero lo cierto es que en dicha casa vivió luego y es en ella donde, el 17 de agosto de 1850, se apagó su vida.

En 1926 el gobierno argentino compró la casa donde falleció el general San Martín y la dedicó como casa histórica, a la formación de un museo sanmartiniano que hoy funciona allí, bajo la dependencia del Instituto Nacional Sanmartiniano. En ella funcionó durante muchos años y hasta el 31 de diciembre de 1967 el consulado argentino que fue levantado en esa fecha. Dicha casa y museo es visitada frecuentemente por argentinos y franceses, así como también la cripta de la catedral de esa ciudad, donde permanecieron los restos del Libertador, desde su muerte hasta 1861, fecha en que fueron trasladados a la bóveda de la familia Balcarce en el cementerio de la ciudad de Brunoy, cercana a París. En abril de 1880 fueron embarcados en el transporte "Villarino" y trasladados a Buenos Aires. En Brunoy funciona la Fundación Balcarce y Gutiérrez de Estrada, que Josefa, la nieta de San Martín, fundó antes de su fallecimiento. En Brunoy descansan los restos de Josefa junto a los de su esposo, según su disposición testamentaria; en cambio, los de la hija de San Martín, los de su yerno Balcarce y los de su nieta María Mercedes descansan en la iglesia de San Francisco, de la ciudad de Mendoza.

Debe expresarse que durante los veintiséis años que duró el ostracismo del Libertador en Europa, éste no se quedó estático: viajó por razones de salud con frecuencia a Aix-La-Chapelle y Enghien en el Berry para tomar baños por sus ataques de reumatismo. También para aumentar sus conocimientos e ilustración general, durante esos largos años lejos de su patria, visitó Escocia, Londres, La Haya, Amberes, Lille, Tolón, Marsella, las playas de Normandía, El Harve, Dieppe, el Mediodía de Italia, Livorno, Florencia, Nápoles, Civita Vecchia, Poot-Vendrés, Roma y otras regiones europeas.

En la ciudad de Roma existe, y en buen estado de conservación, el hotel Minerva, en la Piazza della Minerva 69, donde se alojó San Martín durante su estada en la Ciudad Eterna. En el frontis del hotel hay una placa de mármol con un medallón con la efigie de San Martín que dice:



Casa que habitó San Martín en Boulogne sur Mer. 105, Grand Rue.

Templete que cubre los restos de la casa natal del Libertador, General San Martín, en la localidad de Yapeyú, provincia de Corrientes.

"Aquí se alojó en febrero de 1846 el general argentino D. José de San Martín, libertador de la Argentina, Chile y Perú."

Yapeyú fue la aurora del prócer, Boulogne-sur-Mer, el ocaso. Allí, en esa lejanía, a doce mil kilómetros de la patria, se extinguió su vida a los 72 años, 5 meses y 23 días. Todavía sus restos mortales debieron soportar 30 años más de exilio compartido entre Boulogne-sur-Mer y Brunoy, hasta que el 28 de mayo de 1880 llegaron para reposar definitivamente en el seno de su Argentina que él tanto amó.

En la hora dolorosa de su muerte no lo acompañó ninguna grandeza humana, sus admiradores y amigos estaban demasiado lejos, pero en compensación hoy lo acompañan y lo admiran 24 millones de compatriotas, y tiene el reconocimiento de la gratitud de los argentinos, chilenos y peruanos que él libertó.

MUERTE Y GLORIFICACION DEL GENERAL SAN MARTIN

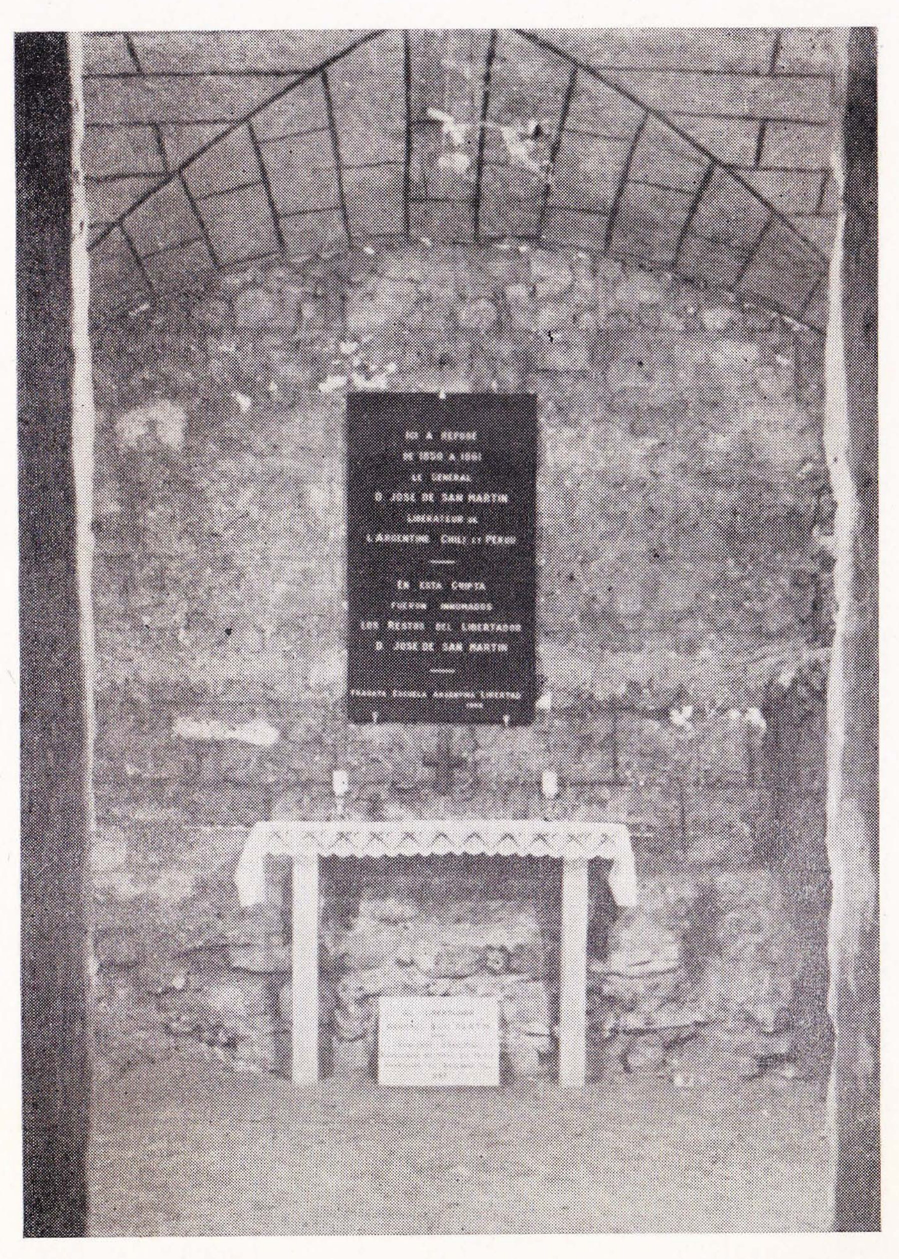
Tras sufrir una larga y penosa enfermedad, el día 17 de agosto de 1850, a las tres de la tarde, expiró en Boulogne-sur-Mer el Libertador de la Argentina, Chile y Perú, brigadier general don José de San Martín.

El citado día se levantó, aparentemente mejor, del ataque al estómago que, desde el día trece, lo agravó repentinamente. El hecho permitió tener la esperanza de una reacción favorable de su salud.

Momentos antes de su fallecimiento había pasado de su habitación al dormitorio de su hija, donde pidió le leyeran los diarios, pues su vista no le permitía hacerlo por sí mismo desde hacía tiempo, debido a las cataratas en sus ojos.

Su hija y su yerno, señor Balcarce, estuvieron muy lejos de sospechar el inmediato fin del Libertador, pues en ese momento se produjo un nuevo y violento ataque repentino que no le dio tiempo ni fuerzas para volver a su lecho; se tendió en la cama de su hija, donde, tras una corta agonía, entró, con su muerte, en la inmortalidad para las naciones por él libertadas.

El embalsamamiento de su cuerpo llevó los días 18 y 19; luego se lo colocó en cuatro ataúdes: dos de plomo, uno de abeto y otro de encima y recién el día 20 de agosto, en la mañana, con un modesto cortejo compuesto por su hijo político, el señor Mariano Balcarce, y los señores Darthez, José Guerrico, Seguier, doctor Gerard, el señor Rosales, Encargado de Negocios de Chile en Francia, y el señor Félix Frías, que había llegado el 17 desde París para visitar al Libertador, fue a depositarse el ataúd en una de las criptas de la catedral de Boulogne-sur-Mer. Previamente habíase detenido el acompañamiento fúnebre en la iglesia de San Nicolás, donde se rezaron las oraciones religiosas en favor de su alma entregada al seno de Dios.



Cripta de la Catedral de Boulogne sur Mer donde fueron inhumados los restos de San Martín.

En la cripta de la catedral, cedida por la generosidad de su párroco, permaneció el cadáver hasta el día 21 de noviembre de 1861, cuando, por voluntad de su hija y de su esposo, el señor Balcarce, fue trasladado al pueblo de Brunoy, a la bóveda de la familia. Aquí se guardaron los ilustres y queridos restos, hasta que fueron llevados a la patria, tal como él lo deseaba y lo expresara en su testamento.

La nueva inhumación de los restos de San Martín tuvo lugar el 21 de noviembre de 1861. Esta circunstancia la aprovechó Balcarce para entregar el estandarte de Pizarro, símbolo de la conquista del Perú, que pertenecía a San Martín por regalo del municipio de Lima, y que éste había traído consigo al alejarse del Perú. El día de referencia se encontraron reunidos en Brunoy los representantes de la Argentina, de Chile, del Perú y de otros Estados americanos. Los restos de San Martín fueron cubiertos con el citado estandarte y transportados por voluntad de su hija y de su yerno, el señor Balcarce, solemnemente desde la iglesia parroquial donde se celebró un funeral, hasta el cementerio de Brunoy, en donde recibieron nueva sepultura.

Momentos después la comitiva se trasladó a la residencia del señor Balcarce, y estando allí, éste procedió a entregar solemnemente al ministro del Perú, el señor Pedro Gálvez, el estandarte, que después de la muerte de San Martín había quedado en su poder, labrándose la siguiente acta:

ACTA DE ENTREGA DEL ESTANDARTE DE PIZARRO

"En el salón de la casa de campo del señor don Mariano Balcarce en Brunoy, circunscripción de Corbeil, departamento del Sena y Oise, Francia, hoy veintiuno de noviembre del año de mil ochocientos sesenta y uno, por invitación de dicho señor Balcarce y de su esposa, doña Mercedes San Martín de Balcarce, se reunieron: S. E. el señor Dr. D. Pedro Gálvez, ministro plenipotenciario de la República del Perú; y como testigos: los señores doctor don Juan Bautista Alberdi, ministro plenipotenciario de la Confederación Argentina; don Carlos Calvo, Encargado de Negocios del Paraguay; don J. Torres Caicedo, Encargado de Negocios de Venezuela; don Francisco Javier Rosales, antiguo Encargado de Negocios de Chile; don Fernando Gutiérrez de Estrada y Gómez de la Cortina, esposo de Josefa, la segunda nieta de San Martín, y don José de Guerrico, ante los cuales expuso el señor Balcarce que, habiendo tenido lugar en este mismo día la traslación a la sepultura de familia, en el cementerio de la villa de Brunoy, de los restos mortales de su finado padre político, el Excmo. señor don José de San Martín, brigadier general de los Ejércitos de la Confederación Argentina, capitán general de los de Chile, generalísimo de los del



Sepulcro de la familia Balcarce en el cementerio de Brunoy. Allí descansaron los restos de San Martín desde 1861 hasta 1880.

Perú y fundador de su libertad; que desde su fallecimiento, en 17 de agosto de 1850, habían quedado provisionalmente depositados en la bóveda subterránea de la catedral de Bolognia del Mar, departamento del Paso de Calais; en presencia de los señores arriba mencionados y de otros antiguos amigos del señor general San Martín y su familia, había resuelto, de común acuerdo con su señora esposa, doña Mercedes San Martín de Balcarce, después de haber cubierto con el estandarte de Pizarro el féretro del señor general San Martín, al conducirlo de la iglesia de Brunoy al cementerio, dar cumplimiento a un artículo adicional del testamento de su finado señor padre político, por el que hace donación al gobierno del Perú del estandarte real que el bravo español don Francisco Pizarro tremoló en la conquista del imperio de los Incas; y el cual fue obsequiado al señor general don José de San Martín, en testimonio de gratitud por la ilustre municipalidad de Lima, según consta del acta levantada el dos de abril de mil ochocientos veintidós."

* * *

En el cementerio de Brunoy permanecieron los restos del general San Martín hasta el 21 de abril de 1880, en que fueron llevados a El Havre para ser trasladados hasta Buenos Aires; le hicieron compañía en el cementerio de Brunoy los restos de su hija Mercedes, que falleció el 28 de febrero de 1875, y los de su nieta Mercedes Balcarce, fallecida el 21 de mayo de 1860.

LA REPATRIACION DE LOS RESTOS

Desde el año 1860 se suceden en Buenos Aires las iniciativas para traer al seno de la patria los restos de su Libertador; recién el 28 de mayo de 1880, es decir, veinte años después, llegaron a Buenos Aires los despojos del general San Martín para reposar en medio del pueblo argentino que él tanto amó, tal como lo expresó en la cláusula cuarta de su testamento.

En la sesión de la Cámara de Diputados de la Nación, los legisladores Adolfo Alsina y Martín Ruiz Moreno presentaron, el 18 de julio de 1864, un proyecto de ley de repatriación de los restos del Libertador, cuyo texto es el siguiente:

"El Senado y la Cámara de Diputados, etc....

"Art. 1º - El Poder Ejecutivo practicará inmediatamente las diligencias que fueren necesarias para trasladar a la República Argentina los restos del benemérito general San Martín.

"Art. 2º - Dichos restos se colocarán en la capital de la República, y provisoriamente en la ciudad de Buenos Aires.

"Art. 3º - Queda autorizado el Poder Ejecutivo para todos los gastos que exija el cumplimiento de esta ley.

"Art. 4º - Comuníquese, etc.

"Adolfo Alsina - Martín Ruiz Moreno."

El representante por Entre Ríos, señor Ruiz Moreno, lo fundó en estas palabras:

"Los diputados que han tenido el honor de suscribir este proyecto, encuentran que no es conciliable con la gratitud que la República debe a los servicios de su primer servidor, dejar sus restos fuera de aquí. Hoy la República Argentina se halla unida en completa paz, es el momento oportuno de sancionar la resolución que contiene el proyecto que se ha leído.

"En esto, señor, hay algo más que una muestra de reconocimiento, hay el cumplimiento de una obligación que consideramos sagrada.

"Sabido es cuanto amargaron el alma del benemérito general San Martín, la envidia y otras malas pasiones. Que sirva, pues, esto de compensación y de justo homenaje rendido a su memoria.

"Hoy la cláusula 4ª de su testamento que puede interpretarse como un deseo de que sus restos fuesen trasladados a su país. Ella dice: «desearía el que mi corazón fuera depositado en el de Buenos Aires».

"Si no habla de sus restos, sin duda fue por un sentimiento de modestia pero en el solo hecho de legar la parte más noble de su cuerpo a una provincia de su patria, importa indudablemente la manifestación del deseo de que sus restos se depositen en la República.

"El Imperio Francés, señor presidente, en donde se hallan los restos del general San Martín, no puede disputarnos el honor y la gloria de guardar tan valioso tesoro. El general San Martín fue quien conquistó a nuestra independencia, el que dio vida como nación a la República, de manera que nadie con más derecho que la República Argentina para guardar sus restos: poseer su corazón no es bastante.

"Por estas consideraciones es que hemos tenido el honor de presentar el proyecto que se ha leído."

En el mes de agosto de 1864 se sancionó la ley en estos términos:

"Autorízase al Poder Ejecutivo para hacer los gastos que demanda la traslación a la República de los restos del benemérito brigadier general José de San Martín".

Por varias causas la ley quedó sin cumplirse durante dieciséis años. En 1870 un amigo del Libertador, Manuel G. Guerrico, presentó a la Municipalidad de Buenos Aires el pedido de un terreno en el cementerio del Norte para levantar un sepulcro para los restos del Gran Capitán. El 20 de setiembre del mismo año se acuerda el terreno solicitado. La Municipalidad debía construir el sepulcro, pero pasaban los años y esta iniciativa no se materializaba hasta que en 1876 la Municipalidad avisa al gobierno nacional que ya estaba preparado el local para recibir los restos y que creía oportuna la repatriación; tampoco en esta oportunidad se realizó el anhelo de los argentinos de traer a la patria los restos del Libertador.

El 5 de abril de 1877, aniversario del triunfo de Maipú, los diarios de Buenos Aires daban a publicidad un emocionado mensaje al pueblo del presidente Nicolás Avellaneda, donde realizaba un justiciero elogio del general San Martín y exhortaba a sus compatriotas a cumplir con los deseos del Libertador, trayendo al seno de la patria sus restos mortales.

MENSAJE DEL PRESIDENTE AVELLANEDA

"Es hoy el aniversario de Maipú.

"Han transcurrido cincuenta y nueve años y desde el día excelso de la victoria, y tres naciones independientes y diez millones de hombres libres pueden ponerse de pie impulsados por la gratitud, para repetir el grito con que el Director O'Higgins saludó al vencedor sobre el campo mismo de batalla: «¡Gloria al Salvador de Chile!».

"¿Quién era el vencedor?

"Su nombre se encontraba ya inscripto en el número de los grandes Capitanes de la Historia. La hazaña de la epopeya americana estaba ejecutada; y un año antes, el pueblo argentino había levantado sobre su cabeza, en la plaza de Mayo y bajo la sombra de la nueva bandera enarbolada por Belgrano, un escudo con este letrero que leyó entonces la América y que ha recogido hoy la historia: «La Patria en Chacabuco al Vencedor de los Andes».

"Tres años después, el nombre del vencedor de Chacabuco y Maipú volvía a asociarse a una de las escenas más solemnes en la historia de este Continente.

"Detengámonos para contemplarla.

"Lima —la ciudad de los reyes—, la Metrópolis de las Colonias, es ya libre. Están solemnemente representadas en su plaza Mayor todas las instituciones coloniales. He ahí el Excelentísimo Ayuntamiento que ha custodiado durante tres siglos el estandarte real de la conquista,

que trajo Pizarro y que fue bordado por las manos augustas de la madre de Carlos V, helo ahí abatido sobre la faz de la tierra; he ahí la Universidad de San Marcos precedida por sus cuatro colegios, y los prelados y párrocos de sus setenta iglesias. Hay construido un tablado en el lugar mismo donde la Santa Inquisición encendió su hoguera. Un hombre está al pie para hablar desde su altura y agitando el pendón de una nueva nación, pronuncia estas palabras: «El Perú es desde este momento libre e independiente por la voluntad de los pueblos y por la justicia de su causa que Dios defiende».

"El nombre del general don José de San Martín subió en clamoreos hasta el cielo, y el hecho del día fue perpetuado por las inscripciones de una medalla de bronce imperecedero. «Lima juró su independencia el 28 de julio de 1821, bajo la protección del ejército libertador comandado por San Martín».

"Es ésta la obra del guerrero. Su espada sólo brilló para emancipar pueblos; y representa la acción exterior de la Revolución de Mayo, saliendo de sus límites naturales, abarcando la mitad de la América con sus vastas concepciones y contribuyendo con sus generales y sus soldados a sellar la independencia de muchos pueblos.

"Las victorias de San Martín son los lampos de luz que circundan el nombre argentino; y mostrando sus trofeos que fueron pueblos redimidos, nos cubrimos con sus esplendores para llamarnos libertadores de naciones.

"La obra del guerrero se perpetúa y se magnifica, representada por pueblos nuevos que prosperan cada día en la civilización y en la libertad. Su nombre pertenece a la historia que lo menciona entre los grandes capitanes del mundo, y es honor de la América y gloria de un pueblo. He ahí su obra encarnada en millones de hombres. He ahí su nombre encumbrado sobre uno de los más altos pedestales del siglo y resguardado contra el olvido por el juicio humano. ¿Dónde está su tumba, para que vayamos en piadosa romería a rendirle honores fúnebres en el aniversario de sus batallas?

"¡Su tumba! El movimiento natural de los corazones enternecidos y agitados por grandes y poéticos recuerdos, iría a buscarla en el fondo de esta su América, apartando las yedras gigantescas que aprietan las piedras de los templos derruidos, en aquel misterioso pueblo de Yapeyú, capital de las Misiones, entre las selvas impenetrables y los monumentos legendarios de la dominación jesuítica, que fueron la primera visión de su infancia.

"¡Su tumba! La gratitud y el orgullo, querrían encontrarla en la plaza del Retiro, de donde salieron sus famosos granaderos que vencieron en San Lorenzo y once años después en Junín, para que su gran sombra continuara pasando la revista de nuestros soldados, a la vuelta y en la partida. Busquemos más. Donde se durmió el sueño de la muerte. ¿Por qué no hallaríamos la tumba del general San Martín, del otro lado de los Andes, al pie de la cuesta de Chacabuco, entre las ásperas sinuosidades de la roca dura, donde reclinó su frente tras de la batalla, sin orgullo y meditabundo, austero y doblemente vencedor?

"Mas no. La América independiente no muestra entre sus monumentos el sepulcro del primero de sus soldados. La República Argentina no guarda los despojos humanos del más glorioso de sus hijos.

"La reparación es inevitable. Hay justicia póstuma en los pueblos, conciencia en la historia y luz sin sombras para las nuevas generaciones.

"En nombre de nuestra gloria como nación, invocando la gratitud que la posteridad debe a sus benefactores, invito a mis conciudadanos desde el Plata hasta Bolivia y hasta los Andes, a reunirse en asociaciones patrióticas, recoger fondos y promover la traslación de los restos mortales de don José de San Martín, para encerrarlos dentro de un monumento nacional, bajo las bóvedas de la Catedral de Buenos Aires.

"Miremos más de cerca la figura inmortal de nuestro Gran Capitán. Es además el primer patriota de la América. Somos y seremos los ciudadanos de una república pacífica y al consagrar nuestro entusiasmo, no debemos desprendernos del sentimiento de nuestros destinos. Los laureles del guerrero no llenan el cuadro histórico.

"Un año ha pasado después de jurada la independencia de Lima. Un congreso soberano se ha reunido en su recinto y el Libertador de Chile y Protector del Perú se apresta a desprenderse en su presencia de las insignias del mando abandonando para siempre la vida pública. Oigámosle. Va a pronunciar palabras sencillas y grandes, las más grandes que se hayan oído bajo el cielo de la América, porque expresan una abnegación sin ejemplo, mezclándose al mismo tiempo en su austera simplicidad a acontecimientos inmensos.

«Presencié la declaración de la independencia de los Estados de Chile y del Perú. Existe en mi poder el estandarte que trajo Pizarro para esclavizar el Imperio de los Incas, y he dejado de ser hombre público. He ahí recompensados con usura diez años de revolución y de guerras. Mis promesas para con los pueblos están cumplidas: hacer su independencia, y dejar a su voluntad la elección de sus gobiernos. La presencia de un militar afortunado, por mayor desprendimiento que tenga, es temible para los Estados que se constituyen de nuevo».

"Estas palabras fueron las últimas, y tras de ellas se cierra la carrera pública de don José de San Martín. Eran el desenlace de un drama. Los dos más famosos guerreros de la revolución, partiendo el uno desde el Plata y el otro desde el Orinoco, habían venido inevitablemente a encontrarse sobre el último campo de batalla que les quedaba en América. «Señor —dijo el general argentino—, seré vuestro segundo y pelearé bajo vuestras órdenes». El libertador Simón Bolívar guardó silencio, y la escena histórica quedó concluida por la inmolación voluntaria del patriotismo.

"Las célebres conferencias de Guayaquil han sido por mucho tiempo el problema de la historia. «Serán un día revelados sus misterios», hemos oído todos decir, desde que hubimos sentido esas ingenuas curiosidades suscitadas por la facinación del renombre; y cuando alguno de los testigos presenciales se ha levantado para hablar en son de confidencia, la América entera ha quedado atenta escuchándolo.

"Pues bien, las revelaciones están hechas; han hablado testigos y actores y podemos nosotros levantarnos a nuestra vez para decir: Nunca hubieron tales misterios en la conferencia de Guayaquil. No hay invisible, sino lo que fue visible desde el primer momento y lo que los ojos no quisieron creer, a pesar de verlo, porque era grande y portentoso.

"Sí, un hombre en la plenitud de la vida y bajo todo el poder de las pasiones, abdicó el mando supremo, y renunciando al ejército que había formado, a nuevas lides y a mayores glorias, a la vida misma de los campamentos fuera de los que no hay aire vital para el que nació soldado, y apretándose el corazón, fue a refugiarse durante treinta años en el silencio como en una tumba, para que otro general más afortunado completara sin celos ni rivalidades la obra de independencia americana.

"La envidia gritó: ¡los misterios de Guayaquil! La calumnia, irguiéndose, fue a buscar al héroe en las soledades del destierro. San Martín se concentra silencioso en el sentimiento de su gloria. ¿Qué valdría la palabra, si no valió la inmolación? Los años pasan estériles. Pongámonos de pie. El drama humano ya concluye. El general San Martín va por fin a hablar, no en presencia de los hombres sino ante Dios.

"¡Es él! ¡y se nombra! Escuchemos la enumeración de sus títulos que ningún argentino de las presentes y futuras generaciones volverá a reunir. «Yo, José de San Martín, generalísimo de la República del Perú y fundador de su libertad, capitán general de la de Chile y brigadier general de la Confederación Argentina... prohíbo que se me haga ningún género de funeral...».

"¿Para qué, en verdad? Hace treinta años que, sobreviviéndose a sí mismo, lleva sus funerales como una urna cineraria, dentro de su propio corazón. Pero no todo está muerto en él. La fibra humana conserva aún sus vibraciones para los cariños supremos. Ama a su hija y la menciona con palabras de indecible ternura. Ama a su patria... y le lega su corazón.

«Desearía el que mi corazón fuese depositado en el de Buenos Aires.»

"Invito nuevamente a mis conciudadanos para recoger con espíritu piadoso y fraternal este santo legado. Los restos del primero de los argentinos según el juicio universal, no deben permanecer por más tiempo fuera de la patria. Los pueblos que olvidan sus tradiciones, pierden la conciencia de sus destinos, y los que se apoyan sobre tumbas gloriosas, son los que mejor preparan el porvenir."

* * *

Sus compatriotas respondieron afirmativamente al llamado del presidente y se organizaron comisiones para recolectar fondos para la repatriación y la construcción de su mausoleo en la Catedral de Buenos Aires, en el lugar que era la capilla de Nuestra Señora de la Paz, cedida por las autoridades eclesiásticas.

Para uniformar y formalizar los trabajos el Poder Ejecutivo nacional, el 11 de abril de 1877, dio un decreto donde nombró la comisión central, integrada por el vicepresidente de la República, don Mariano Acosta; el presidente de la Cámara de Diputados de la Nación, don Félix Frías; el presidente de la Corte Suprema Nacional, don Salvador María del Carril; el vicegobernador de la provincia de Buenos Aires, don Luis Sáenz Peña; los generales Martín de Gainza y Julio de Vedia; el presidente de la Cámara de Diputados de la provincia, don Ricardo Lavalle; el de la Municipalidad de Buenos Aires, don Enrique Perisena; el vocal de la Corte Suprema de Justicia provincial, don Manuel M. Escalada, y los doctores Antonio E. Malaver y Manuel A. Montes de Oca.

Pasaron tres años más durante los cuales se recolectaron los fondos por suscripción popular, se prepararon los planos del mausoleo, se realizó el concurso y se decoró la antigua capilla donde se lo iba a colocar.

El 25 de febrero de 1878, centenario del nacimiento del Libertador, se colocó la piedra fundamental del mausoleo a construirse en la Catedral, y recién en 1880 el presidente Avellaneda resolvió que el trans-

porte de guerra "Villarino", recientemente adquirido por nuestro país en Inglaterra, hiciera su viaje inaugural trayendo, desde El Havre, los restos del general San Martín.

El citado buque fondeó en el puerto de El Havre a principios de abril de 1880. El ministro plenipotenciario argentino en Francia, señor Mariano Balcarce, hijo político del general San Martín, decidió que la ceremonia religiosa, previa al embarque de los restos, que debía celebrarse con el cuerpo presente, tuviera lugar en la catedral de El Havre, con el propósito de que los restos se trasladaran directamente desde la catedral al buque que debía conducirlos a Buenos Aires. En él se haría la gran ceremonia de la entrega al capitán del transporte.

Balcarce puso a disposición de los invitados especiales y de los argentinos y americanos que quisieran concurrir a la ceremonia en El Havre un tren expreso que, desde la estación Saint-Lazare de París, los conduciría hasta El Havre, y los traería de regreso a París.

La ceremonia religiosa y el embarque de los restos en el "Villarino" se realizaron el miércoles 21 de abril de 1880. La comisión encargada de la entrega de los restos en el buque la presidió el hijo político del general San Martín, ministro plenipotenciario ante el gobierno francés, don Mariano Balcarce, y los señores Manuel R. García, ministro plenipotenciario argentino ante Su Majestad Británica, don Emilio de Alvear (hijo del general Carlos de Alvear), ex ministro de Relaciones Exteriores (argentino), el coronel don Manuel del Carril y don Fernando Gutiérrez de Estrada, esposo de Josefa Balcarce y San Martín, nieta del Libertador.

Entre los latinoamericanos que fueron a las ceremonias en El Havre estaban don José M. Torres Caicedo, ministro del Salvador; don Toribio Sanz, ministro del Perú; don Andrés R. de Santa María, don José M. Rojas y don Miguel de Francisco Martín, ministros de Colombia, Venezuela y Guatemala, respectivamente, y el señor de Pividal, ministro del Perú en Londres. Si la ceremonia religiosa se hubiera realizado en la iglesia de la Madeleine en París, como se pensó hacerla al principio, seguro es que hubiera congregado muchas otras personalidades, la representación del gobierno francés, numerosas familias argentinas y americanas y mayor número de miembros del cuerpo diplomático.

En la basílica de El Havre se encontraban las autoridades locales y otras llegadas de París, y rendía honores el batallón Nº 119 de infantería de línea con bandera y banda; además había mucho público que ocupó las naves del templo. La ceremonia religiosa fue brillante y solemne.

Terminado el oficio religioso, el féretro fue sacado a pulso del templo entre dos filas de soldados que le presentaron armas, y luego colocado en un carro fúnebre adornado con banderas de las repúblicas americanas. La comitiva marchó hasta el embarcadero, a pie detrás del fúnebre, y los cordones fueron llevados por los ministros del Salvador, de Venezuela, del Perú, del Uruguay, de Colombia y de Guatemala. Las tropas francesas rindieron honores durante el trayecto y una banda ejecutó marchas fúnebres.

Al llegar el cortejo frente al "Villarino" fue descendido el ataúd del carro y se lo subió al buque, colocándoselo en el puente de navío, sobre un catafalco. Don Zenón Sánchez, cónsul de Colombia en El Havre, fue el encargado de las invitaciones en dicha ciudad por falta de cónsul argentino. El señor Sánchez, que estaba a cargo de nuestra representación allí, evidenció el mayor celo en este servicio prestado a nuestro país.

El "Villarino" al mando del teniente coronel don Ceferino Ramírez, con su empavesado y su tripulación de gala recibió los restos del Libertador. Fueron colocados en una capilla instalada sobre cubierta; habló el ministro Mariano Balcarce para entregar los restos al capitán del buque y para agradecer a Francia por la hospitalidad que dio al Libertador durante cincuenta años durante su vida y después de su muerte.

DISCURSO DEL SEÑOR MARIANO BALCARCE

"Señores comandantes, oficiales y marinos:

"En nombre de la comisión que tengo el honor de presidir, entrego a la custodia de vuestro patriotismo los restos mortales del general San Martín.

"Nuestro gobierno os ha confiado la misión de conducirlos a Buenos Aires, donde les espera un monumento conmemorativo, elevado por la gratitud nacional. Estos restos venerados han reposado largo tiempo en el suelo generoso de la Francia, cuyo gobierno, apreciador equitativo de todas las glorias que han servido a la libertad y a la humanidad, se asocia hoy por la presencia de las autoridades prefectorales, municipales y marítimas de la ciudad de El Havre, a los honores que le son tributados.

"Me es muy doloroso separarme de los restos queridos de mi ilustre padre político, pero me consuelo con la esperanza de que, restituidos a su patria, ellos harán revivir los recuerdos de la época para siempre

gloriosa de nuestra independencia, de los ejemplos de abnegación austera y de sacrificios de sus fundadores; y que contribuirán a mantener y a estrechar, por un servicio póstumo, la concordia y la unión de todos los argentinos.

"Así, aún después de su muerte, el general San Martín continuará sirviendo a su patria."

* * *

En seguida el doctor García, nuestro ministro en Londres, habló en nombre del comandante y oficialidad del "Villarino", quienes le habían confiado tan honroso encargo, y se extendió en las siguientes consideraciones:

DISCURSO DEL DOCTOR MANUEL R. GARCIA

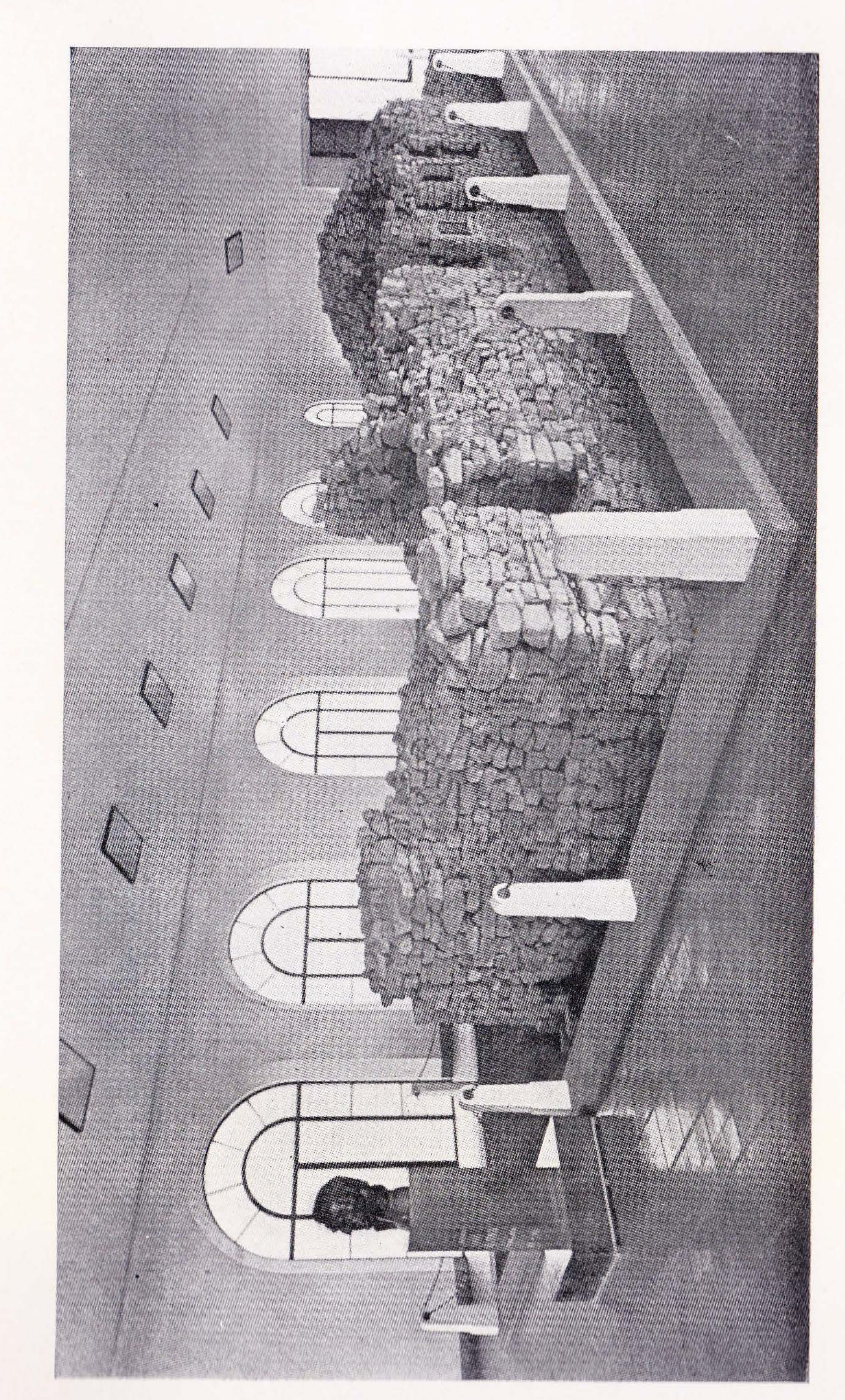
"Señores: El pabellón que ilustró con sus victorias el general San Martín, cubre ya sus restos mortales en una sección del territorio argentino. Bien venidos sean a la patria.

"Pronto se verán cumplidos los últimos votos del que legó a la heroica ciudad, cuna y centro del movimiento de Mayo, un corazón que latió siempre por nuestra fraternidad y engrandecimiento.

"No olvidemos, señores, los serios deberes que ese depósito nos impone, y los altos ejemplos que nos legó el ilustre libertador. El vencedor de San Lorenzo, de Chacabuco, de Maipú y de Lima, el principal instigador de nuestra independencia en 1816, hechos que fijó a la revolución un norte, afianzado años después por victorias inmortales para nuestra historia, no se mezcló jamás en las discordias civiles ni puso el peso de su prestigiosa espada al servicio de propias ni de ajenas ambiciones de mando.

"Renunciando a la gloria ¡y qué otra podría igualarla! de consumar la independencia del continente sudamericano, por exigirlo así la concordia entre los ejércitos patriotas, el soldado de los Andes se mostró más grande separándose del teatro de la guerra que como libertador de tres repúblicas.

"Ese ejemplo de abnegación y desprendimiento que bastaría para enaltecer su memoria, es una lección profunda que enseña cómo deben cumplirse los deberes que la patria nos impone y cómo ninguna gloria es superior a la del dominio sobre nosotros mismos, y a la conservación de la armonía entre los obreros de una noble, justa y generosa causa.



Restos de la casa natal del Libertador, General San Martín, y vista interior del templete que los cubre.

"Otra lección nos ha legado aún nuestro ilustre compatriota. Cuando después de una larga ausencia y de apurar bien amargos desengaños, volvía de Europa a Buenos Aires, despedazábanse en lucha fratricidas dos partidos políticos en que se hallaba dividido el país. Uno de ellos ofreció el gobierno al general San Martín: éste, antes de aceptar la oferta, prefirió la expatriación. Desde entonces, ajeno a las agitaciones políticas de la América, aunque jamás a su gloria, terminaron en paz los años de nuestro ilustre compatriota, en el dulce regazo de su familia, donde halló un mundo más afectuoso y reconocido que aquel que le debió su independencia.

"Marinos de la República: Sois los primeros que conducís a través del océano un bajel de nuestra armada, desde la Europa; él va cargado con el depósito más valioso que ninguno condujera al suelo argentino.

"Grande es vuestra responsabilidad.

"Cuando lo entreguéis a nuestros compatriotas, os ruego unáis vuestros votos a los míos, para desear que mientras guardemos esas reliquia no se despierten en la República los odios y pasiones que tanto han retardado su engrandecimiento.

"Tal fue la ambición suprema y constante del general San Martín, qué mejor culto podemos ofrecer a su memoria?

"Cuando sus cenizas ([1]) reposen bajo las bóvedas de la Catedral de Buenos Aires, donde ellas faltaban para completar los trofeos de los más gloriosos días de la patria, desead conmigo que el mausoleo que encierre esos restos, no sólo simbolice un tributo de gratitud hacia un grande hombre sino también la concordia de todos los argentinos, quienes sabrán velar religiosamente el precioso depósito que estáis encargados de entregarles."

* * *

El doctor García estaba en extremo conmovido.

Entonces se adelantó el doctor don Emilio de Alvear, e inspirado por tan solemne circunstancia pronunció una brillante improvisación en que abundaron rasgos elocuentes y altos pensamientos.

Recordó la carrera del gigante de los Andes, sus méritos y sus servicios, y él, hijo de un ilustre guerrero, émulo de San Martín, vino a tributar al que fuera rival de su padre, el general Carlos de Alvear, una espléndida y sincera justicia.

El doctor Alvear estuvo elocuente.

([1]) Léase restos.

DISCURSO DEL DOCTOR EMILIO DE ALVEAR

"Señores: Permitidme algunas palabras, más como desahogo a mi gratitud, que con la pretensión de haceros un relato de ese grande episodio americano que se llama la historia del general San Martín.

"Fue allá por el año 1812 y en una de esas bellas tardes de nuestras comarcas, que desembarcó en la playa de Buenos Aires un grupo de jóvenes alegres y gallardos; el uno se llamaba Zapiola, el otro Alvear y el otro San Martín.

"Notábase en la apostura de estos últimos ese aire marcial y esa mirada penetrante que sólo se adquiere en los campos de batalla y al calor de los combates; era que justamente venían de combatir en defensa de la libertad de la vieja patria, como si antes de comenzar su carrera de argentinos, hubiesen querido pagar su deuda de origen hispano.

"Poco tiempo después, y ya la figura de San Martín aparece en las barrancas de San Lorenzo, a orillas del majestuoso Paraná, iluminando con los destellos de su espada vencedora el derrotero de futuras glorias, y probando que, si bravo había sido el combatir por la patria de sus padres y abuelos, más bravo era aún combatiendo por la patria de su nacimiento.

"Poco tiempo después (¡oh! en aquella época no había vapores ni telégrafos, pero había genio y éste volaba en alas de la gloria), poco tiempo después, repito, y esa misma figura reaparece radiante allá en la cima de los nevados Andes, señalando con su certera mano a los valientes que le siguen, el ancho camino de todo un mundo a redimir.

"¿Con qué recursos del arte, con qué auxilios de la ciencia, se encontraban allí ese ejército y ese jefe?

"Vosotros sois americanos y lo sabéis.

"¡Aquello fue un prodigio! ¡Una visión fantástica! y tenía que ser o un sueño de patriota o una de esas acciones extraordinarias que bastan para imprimir el sello de la inmortalidad a un hombre y a un pueblo. Las victorias de Chacabuco y Maipú probaron esto último, y el mundo supo con sorpresas que si la Europa tenía su coloso de los Alpes, la joven América tenía ya también su coloso de los Andes.

"¡Destrozados fragmentos de una cadena de tres siglos, diez millones de habitantes elevados a la dignidad de hombres libres, y tres naciones abiertas al comercio del mundo! Ved, ahí señores, el fondo de ese grandioso cuadro americano cuya alma y figura saliente es el general San Martín.

"¡Qué época aquella! ¡y qué hombres!

"Para esos gigantes la patria no se estrechaba en los límites de la geografía moderna, era todo un hemisferio, y las brisas de los dos inmensos mares que lo circundan bastaban apenas a la libre respiración de sus pulmones. No eran colombianos, ni peruanos, ni chilenos, ni argentinos: eran americanos.

"Señores: mi patria ha tardado un tanto en reclamar estos restos de su héroe; es que, tal vez, ahora se encuentra recién bastante grande y fuerte para guardar tan precioso depósito.

"¡Loor eterno al general San Martín!

"Gracias mil al pueblo francés por su generosa y larga hospitalidad. Y, paz, sí, paz entre los pueblos y las naciones que surgieron de tantas hazañas.

"Este es mi más sincero y humilde voto y creedme, señores, sólo a su sombra bienhechora podremos crecer bastante para hacernos dignos de los héroes de nuestra independencia.

"¡Americanos! Si vuestra historia, tan fértil en hechos heroicos y ejemplos de abnegación y de civismo, no os inspira ya, a fuerza de seros familiar, id a la América del Norte y allí aprenderéis cómo se interpreta el patriotismo, cómo la unión de la fuerza, y cómo sólo acumulando grandezas sobre grandezas es que un gran pueblo honra la memoria de los fundadores de su nacionalidad."

ACTA DE ENTREGA DE LOS RESTOS

En seguida la concurrencia bajó a la cámara del buque, en cuyo fondo había otra capilla destinada a contener los restos durante el viaje.

Allí se extendió el acta siguiente:

"En el puerto de El Havre, a los 21 días del mes de abril del año de 1880, ante mí, el infrascripto secretario de la Legación Argentina en Francia, reunidos a bordo del transporte de guerra argentino «Villarino», los señores don Mariano Balcarce, yerno del general San Martín y ministro plenipotenciario de dicha República, en Francia; doctor don Manuel R. García, ministro plenipotenciario de la misma cerca de S. M. B.; doctor don Emilio de Alvear, ex ministro de Relaciones Exteriores; coronel don Manuel del Carril, y don Fernando Gutiérrez de Estrada, esposo de la nieta del general San Martín, presidente y miembros de la comisión encargada del envío a la patria de los restos mortales del ilustre argentino, brigadier general don José de San Martín, entregaron solemnemente un féretro conteniendo aquellos

restos a la comisión designada por el gobierno argentino para recibirlos y transportarlos a Buenos Aires, la cual se compone de los señores comandante y oficiales de dicho transporte, teniente coronel don Ceferino Ramírez, teniente coronel don Daniel de Solier y subteniente don Manuel J. García Mansilla.

"El mencionado féretro está forrado en paño negro, guarnecido con varillas de metal blanco, y en sus costados tiene aldabones también plateados. Sobre la tapa hay una chapa del mismo metal con la inscripción siguiente: «José de San Martín, guerrero de la Independencia Argentina, Libertador de Chile y el Perú. Nació el 25 de febrero de 1778 en Yapeyú, provincia de Misiones, República Argentina; falleció el 17 de agosto de 1850, en Boulogne-sur-Mer, Pas de Calais, Francia». Cruza dicha chapa una cinta negra de cuatro pulgadas de ancho, cuyas extremidades están fijadas con tres sellos en lacre negro, del timbre oficial de esta Legación.

"En fe de lo cual, y como testimonio de que la entrega de los restos mortales del brigadier general don José de San Martín fue hecha en debida forma, firman a continuación la presente acta por duplicado, todos los señores antes nombrados, como igualmente el señor subprefecto de El Havre, el señor alcalde (maire) de la misma ciudad, y los señores ministros de las repúblicas de Venezuela, de San Salvador, del Perú, del Uruguay, de Colombia y de Guatemala.

"La comisión: ministro argentino en París, *M. Balcarce*; en Londres, *M. R. García*; *Manuel del Carril*; *Emilio de Alvear*; *Fernando Gutiérrez de Estrada*.

"Subprefecto de El Havre, representante ad-hoc del gobierno francés, *Henry Desaires*.

"Maire de El Havre, *Jules Siegfred*.

"Comisario general de marina francesa, *Le Trapeur*.

"Ministro de San Salvador, *J. M. Torres Caicedo*; ídem de Venezuela, *J. M. de Rojas*; ídem del Perú, *Toribio Sanz*; ídem del Uruguay, *Juan J. Díaz*; ídem de Colombia, *Andrés R. de Santa María*; ídem de Guatemala, *Miguel de Francisco Martín*.

"Coronel de artillería de El Havre, *Nismey*.

"Cónsul de Colombia, encargado interno del Consulado Argentino en El Havre, *Zenón Sánchez*.

"Comandante del «Villarino», teniente coronel *Ceferino Ramírez*.

"Segundo comandante del «Villarino», teniente coronel *Daniel de Soleir*.

"Oficial del «Villarino», subteniente *Manuel J. García Manssilla*.

"Ante mí:

Eduardo Ibarbalz
Secretario de la Legación Argentina

"P. S. En el momento de entregar el féretro se ha constatado que las cintas negras que lo cruzan están cortadas accidentalmente.

Eduardo Ibarbalz
Secretario de la Legación Argentina."

El féretro del general San Martín mide dos metros de largo por sesenta centímetros de ancho máximo; en consecuencia, no es una urna ni son cenizas las que contiene, como se expresó en algunos discursos o comentarios de la época.

Sobre el féretro lucía la bandera de guerra argentina y lo acompañaron durante el viaje las de Chile, Uruguay y Paraguay. Debemos decir que es el mismo féretro en que fue colocado el cadáver del Libertador el 17 de agosto de 1850; el cadáver embalsamado se depositó en cuatro ataúdes, dos de plomo, uno de abeto y otro de encina. Para enviarlo a Buenos Aires, en abril de 1880, se lo forró de nuevo con paño negro y con cintas de plata.

El "Villarino" zarpó de El Havre con los restos el día 22 de abril de 1880, a las 9 de la mañana; las baterías de la plaza los saludaron con una salva de 21 cañonazos como homenaje de Francia.

HOMENAJE EN EL URUGUAY

El lunes 17 de mayo fondeó en Montevideo el "Villarino" y el gobierno uruguayo decretó honores. Como las autoridades argentinas no esperaban la llegada de los restos en el mes de mayo y los preparativos para la recepción no se habían completado en Buenos Aires, el buque debió permanecer en la rada de Montevideo. El día 21 de mayo los restos del Libertador fueron trasladados a la catedral de Montevideo, donde se ofició un funeral con asistencia de miembros del gobierno y de la colectividad argentina residente en dicha ciudad. Luego fueron reembarcados.

El gobierno de la República del Uruguay expidió el siguiente decreto de honores:

"Ministerio de Guerra y Marina, Montevideo, mayo 17 de 1880.

"Debiendo el gobierno tributar honores fúnebres a los restos del capitán general don José de San Martín, conforme a la autorización legislativa dictada al efecto, el presidente de la República en consejo de ministros acuerda y decreta:

"*Artículo 1º* - En el momento en que el vapor que conduce los restos del capitán general fondee en el puerto, se hará un disparo de cañón cada cuarto de hora hasta el momento en que zarpe dicho buque, en que se hará una salva de 21 cañonazos.

"*Art. 2º* - Mientras permanezcan en el territorio de la República los restos del capitán general, la bandera nacional se mantendrá a media asta en todas las oficinas públicas.

Art. 3º - El Ministerio de Guerra y Marina dictará las disposiciones convenientes para los demás honores militares que deben hacerse al ilustre finado.

"*Art. 4º* - Comuníquese, etc.

Vidal - Máximo Santos - Eduardo Mac Eachen - Joaquín Requena y García - Juan Peñalva."

RECEPCION DE LOS RESTOS EN BUENOS AIRES

El día 24 de mayo el "Villarino partió de la rada de Montevideo con destino a Buenos Aires, escoltado por el acorazado "El Plata" y las cañoneras "Paraná", "Constitución" y "Bermejo", que el 23 de mayo habían llegado a Montevideo con dos compañías de cadetes del Colegio Militar y de la Escuela Naval para servir de escolta y rendir honores.

El "Villarino" arribó a la rada de Buenos Aires recién el día 28 de mayo de 1880, y a las 9 de la mañana la Comisión de Recepción, presidida por el vicepresidente de la Nación, don Mariano Acosta, se trasladó en el vapor "Talita" hasta el citado buque para recibir los restos del Libertador.

Después de labrarse el acta de recepción de los restos se sacó el ataúd y se lo colocó en el bote fúnebre que fue remolcado por el vapor

"Talita" hasta el muelle de las Catalinas; dieron escolta a los restos diez falúas de los buques extranjeros que estaban en la rada, muchos otros particulares y los botes de la escuadra argentina. Las tripulaciones de los barcos anclados en la rada formaron en cubierta y los buques de guerra saludaron con salvas de 21 cañonazos el paso de los restos.

Entre autoridades nacionales, provinciales y municipales, y ante numeroso público, los restos del prócer tocaron tierra, y el general don Domingo Faustino Sarmiento pronunció el discurso de recepción en las Catalinas en nombre del ejército.

Entre otros conceptos, Sarmiento expresó en esa oportunidad:

"Después de un largo ostracismo, vuelven hoy estos gloriosos despojos a reposar en nuestro seno, y serán depositados en el altar de la patria, santificado por la presencia del más ilustre de sus mártires, el perseguido de veinte años, el rehabilitado de otros tantos, el que hoy reconoce la historia humana Gran Capitán, y la América del Sur su Libertador, como su patria la más brillante joya de su corona.

"A nombre de la presente generación, recibimos estas cenizas [1] del hombre ilustre, como expiación que la historia nos impone de los errores de la que nos precedió.

"En el teatro y en la agitada escena estamos hoy nosotros, con las mismas pasiones, sin la misma inexperiencia por atenuación.

"Que otra generación, que en pos de nosotros venga, no se reúna un día en este mismo muelle, a recibir los restos de los profetas, de los salvadores que nos fueron preparados por el genio de la patria, y habremos enviado al ostracismo, al destierro, al desaliento y a la desesperación. Conduzcamos, señores este depósito al lugar que la gratitud pública le tiene deparado."

Concluida la ceremonia de recepción en las Catalinas, se alzó en hombros de soldados del ejército y la marina la parihuela sobre la que fue colocado el féretro, y el cortejo se dirigió a la plaza San Martín acompañado de numeroso público que guardó profundo silencio, sólo roto por las marchas fúnebres de las bandas militares.

Cuando el féretro se acercó a la estatua del Libertador, el presidente de la Nación, doctor Nicolás Avellaneda, se adelantó a recibirlo; luego fue colocado en un catafalco al pie del monumento, iniciándose otra ceremonia, en la que hubo solamente dos discursos, el del presidente y el del ministro plenipotenciario del Perú, doctor Evaristo Gómez Sánchez, en nombre de su patria libertada por San Martín.

(1) Léase restos.

DISCURSO DE AVELLANEDA

Abreviemos las palabras ante los grandes hechos.
QUINTILIANO

"Señores:

"La obra de glorificación es completa.

"Ved a la estatua del primer soldado de la América montado sobre el caballo de batalla que mayor espacio haya recorrido en la tierra después del de Alejandro. A su sombra ha resonado ya el himno secular que la Grecia, madre de la gloria, enseñó a los hombres para conmemorar sus héroes.

"Tendemos ahora a los pies de la estatua los despojos mortales del Gran Capitán, que vienen de lejanas regiones conducidos por la gratitud de su pueblo. Están cubiertos, no con el paño del sepulcro, sino con la bandera que su brazo tremoló victoriosamente en los Andes y que es el sudario de su gloria.

"Escuchemos el relato popular que cuenta, como el coro antiguo en las festividades solemnes, la vida del héroe.

"El general San Martín había ya vencido en San Lorenzo y comandaba el ejército situado en Tucumán. Su ocupación era doble; y organizando un ejército abatido, pensaba al mismo tiempo en la suerte de la guerra hasta entonces tan incierta. Pensó que este ejército vuelto dos veces en derrota era una lección, que el baluarte del poder español se hallaba en Lima, y que era necesario atacarlo siguiendo con la marcha del soldado una línea más recta.

"San Martín trazó esta línea en su mente, dejando comprendidos en el trayecto los Andes y el océano Pacífico; y su pensamiento se abismó después en un sueño, más prodigioso que el concebido por Scipión, cuando bajo el cielo calenturiento del Africa, la visión le mostrara el camino de Cartago.

"Don José de San Martín se dijo a sí mismo que penetraría en la ciudad de Lima, atravezando vencedor montañas y mares; y renunciando su puesto en el ejército, y quedando sin el mando de un soldado, fue a sentarse, incierto, en los medios, seguro en el fin, al pie de los Andes.

"Los designios del general José de San Martín quedaron así por mucho tiempo recónditos como un secreto, y sólo fueron sucesivamente revelados al mundo por la aparición de esta bandera de los Andes sobre su cumbre más excelsa para anunciar la independencia de tres naciones, por el estampido del cañón en Chacabuco, por el clarín vengador que convocó en Maipú a los dispersos de Cancha Rayada, por su entrada en Lima y por su salida aún más famosa, llevando por único trofeo, el estandarte traído por Pizarro para esclavizar el Imperio de los Incas.

"¡Gloria y luz al Gran Capitán de la América!

"¿Quién concibió un plan más vasto, quién lo ejecutó con menos medios, quién supo como él desplegar cualidades tan opuestas cuando abarcaba con su mente lo más grande y practicaba por sí lo más pequeño?

"La figura colosal de San Martín se pliega y se despliega; y el intendente minucioso de Cuyo y engañador astuto de los indios Pehuelches se convierte sin esfuerzo en el Libertador de Chile o en el Protector de la Independencia del Perú. Su pensamiento sólo fue conocido cuando salió de sus preparativos misteriosos, para volar sobre las alas de la victoria. Chacabuco y Maipú son la obra de su genio y de sus manos; y con mayor verdad que Epaminondas al hablar de Leuctres y de Mantinea, San Martín pudo decir de sus dos batallas: *son mis dos hijos inmortales y las lego a la gloria de mi patria.*

"Conozcamos ahora al hombre y al guerrero.

"Las ciudades de la América no lo vieron entrar trás de las batallas, bajo sus arcos de triunfo. La vanidad es una molicie y no cabía ésta en su viril naturaleza. No esparció jamás su espíritu en el festín, ni dio paso a la voz de su contento en el boletín de la victoria. Muchos creen, sin embargo, que su orgullo era inmenso. Treinta años de calumnias innobles no alcanzaron a hacer subir una palabra de defensa, desde su corazón hasta sus labios. La ingratitud no le arrancó una queja. Las almas profundas sólo son entrevistas, como el viajero de la montaña descubre a veces un abismo a la luz de un relámpago; y San Martín fue sorprendido un día en la soledad de su gabinete, contemplando su retrato que había él mismo colocado entre el de Napoleón y el de Wellington.

"No bastaría decir que la vida del general San Martín fue áspera y dura como la vida del soldado en el campamento. Pocos hombres han tenido igual olvido de si mismos para la fatiga, para la vigilia, para el trabajo, para el peligro. En la estación más ruda del invierno fue a inspeccionar por sí los desfiladeros de la cordillera, cerrados por la nieve, para marcar en la carta misteriosa que llevaba siempre consigo los pasos de su ejército. A qué disfrazar con nombres extraños a los hombres de nuestra historia? Este olvido de si mismo en San Martín no era sistemático como el del espartano en Lacedemonia u ostentoso como el del estoico en Atenas, sino primitivo e ingénito como

el de cualquier otro indio misionero, nacido también en el pueblo de Yapeyú. Era justo que la tierra americana revistiera con su corteza de piedra a su grande hombre de guerra.

"Don José de San Martín no tuvo sino un pensamiento: la independencia de la América, y este pensamiento gobernando su conducta, explica de un modo completo sus actos más diversos. Todo estaba subordinado en él a su designio supremo hasta la posesión del mando; y lo renuncia en Chile para no embarazar con celos locales la formación de la escuadra que debe conducirlo al Perú, o lo ejerce en Lima, porque era necesaria su mano férrea para cavar el cimiento revolucionario en la tierra endurecida del realismo.

"La ambición misma, por ardiente y concentrada que fuese, no era para aquel hombre poderoso sobre su voluntad, sino un instrumento al servicio de su causa americana. Cuando el formidable vencedor de Chacabuco y Maipú, proclamado Libertador en tres naciones, desapareció delante de Simón Bolívar, la América no queriendo comprender lo que sus ojos veían, exclamó por todas partes: ¡Hay un misterio en el drama de Guayaquil! El general José de San Martín, mostrando su alma desgarrada por la inmolación sangrienta, pudo contestar: ¡No hay sino una virtud! San Martín había nacido sobre todo soldado; su genio es el genio de la estrategia y su rasgo moral predominante es la impenetrabilidad de su alma, el secreto, es decir, la calidad primordial del general, que no puede divulgar sus planes sin comprometer su éxito. Para juzgarlo con justicia, es necesario contemplarlo colocado siempre sobre el campo de batalla en presencia del enemigo aún distante o invisible; y las que fueron llamadas las astucias o hipocresías de su conducta, no son bajo esta luz verdadera, sino las maniobras de su arte militar.

"El ejército argentino trasponiendo los Andes, se encaminaba a una muerte cierta o a la victoria, porque habría sido imposible retroceder. La campaña reposaba sobre la fortuna del primer combate y fue ella asegurada por la táctica más hábil y por los cálculos más profundos. Así Chacabuco fue siempre para San Martín su batalla predilecta y la sola que conmoviera sus entrañas.

"El grito de la victoria había apenas resonado, cuando San Martín volvió instintivamente sus miradas al lugar de la partida, a su leal ciudad de Mendoza, sombreada con el álamo triste y cuya vida había agotado con tres años de sacrificios, para dársela a su ejército. Una lágrima humedeció quizá sus párpados, al dejar caer estas palabras de exaltación y de júbilo, tan raras en sus labios: «*Glóriese la admirable ciudad de Cuyo al ver conseguido el fruto de sus esfuerzos*».

"Señores:

"La carrera pública del general José de San Martín concluyó con la abdicación del gobierno en Lima; y no hizo sino atravesar su país dilacrado por las facciones.

"¡Cuánto cuesta el adiós a la patria en medio de la vida!

"Es más doloroso que el adiós a la vida misma; y los hombres más fuertes pueden apenas arrancar de sus pechos este gemido supremo.

"Rivadavia y San Martín volvieron de las playas extranjeras penetraron en la rada interior de nuestro puerto para oír por última vez los murmullos del río que da nombre a la patria, para posar las miradas sobre sus azulados horizontes, y divisar desde lejos los altos edificios a cuyas sombras habían pasado su infancia, o para tentar, si les era permitido, poner el pie en una tierra tantas veces suyas.

"¡Las puertas de la patria les estaban cerradas por esos ostracismos sin decreto y sin ley, más bárbaro cien veces que los de Atenas, y que se llaman con un nombre oprobioso, la iniquidad de una época. San Martín y Rivadavia necesitaron someterse al doloroso destino y fueron en la plenitud de sus fuerzas a perderse en la proscripción irrevocable, como una tumba. Su vida pasada bajo los cielos extraños no se cuenta, se sobrevivirían a sí mismos.

"Señores: Ved ahí los despojos del general José de San Martín, traídos desde el suelo hospitalario de la Francia, por el óbolo de todos los argentinos reunidos en un voto nacional. Don José de San Martín había escrito en su testamento estas palabras: *Desearía que mi corazón fuera depositado en el cementerio de Buenos Aires*, y yo doy cumplimiento solemne a la cláusula augusta en nombre de las generaciones presentes y de su Nación, justa por fin, y agradecida. ¡Loado sea Dios en los cielos, en la tierra y sobre esta tumba en la que resplandece hoy su justicia!

"La América mostrará entre sus monumentos el sepulcro del primero de sus soldados. La República Argentina guardará los despojos del más glorioso de sus hijos. Seis naciones viven independientes dentro de las líneas trazadas por la espada del Gran Capitán. Pueblos de la América, escuchadme. No olvidéis el consejo del Libertador; y cuando encontreis su estatua ecuestre en las márgenes del Plata, en los llanos de Maipú o a orillas del Rimac leed siempre las eternas palabras inscriptas en su base: La presencia de un militar afortunado es temible en los Estados que se constituyen de nuevo, para que no convirtais jamás una espada en cetro.

"La espada que brilla con luz tan soberana durante los combates obedece en la vida civil y no manda.

"¡Guerreros de mi patria! ¡Ciudadanos! Inclinémonos sobre estos sagrados restos y oiremos que suena nuevamente en las alturas la voz que dijo: ¡El general San Martín no derramará la sangre de sus compatriotas y sólo desnudará la espada contra los enemigos de la Independencia Sudamericana!

"Sombra del Gran Capitán:

"Vuestro último voto se encuentra cumplido. Descansais en vuestra tierra. Levantaos para cubrirla. Señor: oidnos. Las naciones más poderosas están sometidas a trágicas vicisitudes y la historia de este siglo se halla llena de tristes ejemplos. Señor: proteged la independencia de nuestra patria y la santa integridad de su territorio contra todo enemigo extraño. ¡Que vuestro brazo invisible trace murallas de hierro en las fronteras, para que la bandera que hicisteis flamear en las cumbres más excelsas de la tierra, no sea jamás uncida al carro de un vencedor!"

DISCURSO DEL REPRESENTANTE DEL PERÚ

A continuación del discurso del presidente Avellaneda usó de la palabra el ministro plenipotenciario del Perú doctor Evaristo Gómez Sánchez, quien en nombre de su gobierno expresó:

"El Perú, que tengo la honra de representar en este acto solemnísimo, se complacerá al saber cuán magníficos homenajes habeis rendido al Gran Capitan, que en los tiempos heroicos de nuestra historia, supo conducir vuestras legiones desde las márgenes del Plata hasta las riberas del Rimac.

"Ayer no más, asombro de dos mundos redimía pueblos, formaba estados, constituía repúblicas. Y, hoy . . . ¡Ya lo veis! . . .

"Pero me equivoco, señores, señalándoslo allí . . . Si deseais verle, si quereis contemplar su faz serena, iluminada por los resplandores de la gloria, buscadle en más altas regiones; apartad la vista de la tierra y fijadla en la mansión de los inmortales.

"Procede, pues, esta apoteosis, consagrada no sólo al guerrero libertador, sino al estadista ejemplar, que cumple el deber y no invoca para sí el derecho; que siendo todo para todos, de nadie reclama el galardón; que nada ambiciona fuera del triunfo de las grandes ideas que agitan su mente; que renuncia al poder, obedeciendo los consejos de su magnanimidad.

"¡Inclito argentino! Adalid y escudo de la independencia americana, goza, desde las alturas, con este grandioso espectáculo y bendice la portentosa obra de tus manos.

"¡José de San Martín! Tuyo es el concierto de alabanza que tus compatriotas entonan, repercutido en las profundidades de los Andes, y que se prolonga, sin fin, por los pueblos que bañan las ondas del Pacífico. Y puesto que libertad y unión fue tu divisa, unión y libertad proclamen los herederos de tu fama al depositar tus despojos mortales en la tierra bendecida que tuviste por patria, y que lo fue de varones ilustres, entre los cuales figuran en escala eminente tus compañeros de armas, honor y prez de las repúblicas de América.

"Argentinos: el pabellón de mi patria lleva los colores que decretó San Martín al proclamarla «libre e independiente por la voluntad general de los pueblos, y por la justicia de su causa, que Dios defiende».

"Que ese pabellón, enlazado con el vuestro, sirva, argentinos, para acreditar a las presentes y futuras generaciones nuestra unión estrecha e indisoluble."

Terminada esta ceremonia en la plaza San Martín, se colocó el ataúd sobre un carro fúnebre, cuyos caballos fueron conducidos por suboficiales del ejército, y el cortejo se dirigió por la calle Florida a la Catedral. En primer término marchaba el comandante de las fuerzas de honores, coronel Teodoro García, las que se componían de los batallones 1, 8 y 11 de infantería, cadetes del Colegio Militar y de la Escuela Naval, fuerzas de artillería y caballería del Regimiento Nº 1, las banderas de los Andes y la del Regimiento del Río de la Plata. La parihuela donde fueron trasladados los restos hasta la plaza San Martín integraba el cortejo y era conducida por ocho soldados y literalmente cubierta por las flores que arrojaba el pueblo. El carro fúnebre seguía a continuación con los restos del Libertador; tomaban los cordones del féretro las principales autoridades de la Nación, los guerreros de la independencia sobrevivientes y los generales Bartolomé Mitre y Domingo Faustino Sarmiento.

Detrás del carro iban el presidente Avellaneda, sus ministros, el cuerpo diplomático extranjero, los estudiantes de las facultades y colegios de la capital, diferentes corporaciones y sociedades nacionales y extranjeras y un público numeroso cerraba el cortejo. Después de casi tres horas para recorrer tan corta distancia, los restos del Libertador llegaron a la Catedral, donde los esperaban las autoridades eclesiásticas. Conducidos hasta el interior del templo, fueron colocados en la nave central sobre un catafalco. Hubo una ceremonia religiosa a continuación, y con guardia de honor militar el ataúd quedó librado al homenaje popular en el resto de la tarde y noche del 28 al 29 de mayo de 1880.

El día 29 a las 2 de la tarde se ofició un solemne funeral y el arzobispo de Buenos Aires pronunció un discurso lleno de inspiración pa-

triótica. A esta ceremonia concurrieron el Gobierno, encabezado por el presidente Avellaneda; miembros del Congreso y el Poder Judicial, guerreros de la Independencia, cuerpo diplomático y representaciones de instituciones más significativas del país. Concluida la ceremonia, los restos se depositaron en una dependencia de la Catedral, en acto privado, hasta que se terminara el mausoleo en el lugar actual, que había sido capilla de Nuestra Señora de la Paz, dentro de la Catedral metropolitana.



Mausoleo que guarda los restos de San Martín en la Catedral de Buenos Aires.

INDICE

Se terminó de imprimir en Marzo de 1972, en los talleres de IMPRESORA SUR, S.A., Luis Sáenz Peña 1955, Bs. Aires (Rep. Arg.)